

## ¿De qué “legado colonial” estamos hablando?

Jean-François Bayart y Romain Bertrand

Traducción de Arturo Vázquez Barrón (CPTI/CCC-IFAL)

Las antiguas potencias coloniales se enfrentan regularmente con el surgimiento del pasado en sus relaciones con sus posesiones de antaño. Las crisis diplomáticas entre Zimbabwe y el Reino Unido o entre Costa de Marfil y Francia, la polémica entre París y Argel acerca de la obra colonial, la evocación de las atrocidades de la conquista por parte del coronel Gadaffi para obtener de Italia el financiamiento de la autopista Trípoli-Benghazi son ejemplos, entre muchos otros, de esta constatación. Japón —potencia colonial poco conocida— no escapa a la regla: sus crímenes durante la Segunda Guerra Mundial y su expansión territorial a partir de finales del siglo XIX siguen comprometiendo sus relaciones con Corea del Sur y China. En Bolivia, el presidente Evo Morales, por completo dedicado a la nacionalización de los hidrocarburos, apunta con el dedo a la empresa española Repsol denunciando “los quinientos años de expoliación de las riquezas naturales”.

Ahora bien, no se trata solamente de una instrumentación política o diplomática de la memoria histórica de parte de gobiernos inescrupulosos y cínicos, incluso si, en este caso, el carácter “espontáneo” de las manifestaciones antijaponesas en China, durante 2005, provocó sonrisas o si tuvo notoriedad pública que el presidente Gbagbo y su entorno estimularan y manipularan las emociones nacionalistas de los Jóvenes Patriotas marfileños a merced de la coyuntura. En todas estas situaciones, el recuerdo de la ocupación extranjera constituye un potencia de pasiones irreductible a la utilización táctica que de ella se hace, y a menudo limitante para los dirigentes nacionales mismos. Así, la cuestión de las “mujeres de confort” en Corea del Sur causó molestias, a intervalos regulares en estos últimos años, a la diplomacia de Seúl por el hecho de las movilizaciones populares que suscitaba. En África, son múltiples los testimonios que prueban el anclaje de las representaciones de la ayuda pública al desarrollo y de las migraciones en el pasado colonial.

“Partir también es un desafío, una lucha entre Francia y nosotros. Incluso si construyen ustedes un Muro de Berlín, lo pasaremos. Francia nos colonizó, es a Francia a donde debemos ir”, declara por ejemplo un joven maliano de Kabaté, en la región de Kayes.<sup>1</sup>

Y el cantante contestatario Alpha Blondy afirmaba desde 1985:

“Somos un crisol cultural, mutantes culturales que creó Occidente y que hacen que la gente se rasque la cabeza. Vinieron y nos dijeron: ‘Los vamos a colonizar. Dejen caer el taparrabos y las hojas. Adopten el tergal, el pantalón de mezclilla, el estilo *ray ban*.’ Y luego, en el camino, cambian de parecer: ‘Oye, esto está saliendo muy caro, ¡les damos su independencia!’ Qué fácil ¿no? No queremos esa independencia. Queremos que esta cooperación que empezó tan bien siga adelante. Tú sabes que estás condenado a reconocerme, no puedes llamarme bastardo; soy fruto de tu cultura. Ahora soy una proyección tuya [...]”

Los blancos no deben renunciar. Al que me conquistó y que me puso su verbo en la lengua no le conviene equivocarse. No se lo puedo permitir.”<sup>2</sup>

Tiken Jah Fakoly, por su parte, canta:

“Luego de la abolición de la esclavitud

Crearon la colonización

Cuando encontramos la solución

Crearon la cooperación

Como denunciemos esta situación

Crearon la globalización

Y sin explicar la globalización

Es Babilonia la que nos explota.”<sup>3</sup>

La memoria de la colonización y la esclavitud alimenta representaciones culturales entre las que se encuentran ciertas formas de brujería, como el *ekong*, el culto de la Mami Wata o la fantasmagoría *reggae* entre los jóvenes ciudadanos, que son ejemplos africanos muy conocidos. También proporciona un repertorio discursivo a diferentes movilizaciones sociales y políticas, como el enrolamiento en milicias o movimientos armados, y hasta en acciones terroristas. Desde este punto de vista, la renovación demográfica no ha alterado para nada la agudeza del legado colonial en las conciencias políticas. Los Jóvenes Patriotas de Laurent y Simona Gbagbo, o los *ghettomen* marfileños que la antropóloga y directora de cine Éliane de Latour analizó en diversos artículos y puso en escena en sus películas *Bronx-Barbès* (2000) y *Les Oiseaux du ciel* (2006), persisten en definir sus prácticas y sus estrategias sociales en referencia a la colonización, incluso si unas y otras remiten a apuestas contemporáneas de acceso a la ciudadanía, al empleo, a la tierra, al dinero, a las mujeres, a la universalidad cultural o a las oportunidades migratorias.<sup>4</sup> La cuestión de la “remanencia” del pasado colonial —para conservar provisionalmente un término de gran éxito pero que vale la pena aclarar— sigue siendo una apuesta de luchas políticas y sociales agudas en la mayor parte de las sociedades que históricamente han estado implicadas en la formación de imperios coloniales.

Tal es el caso en las antiguas metrópolis mismas, donde la representación de la ayuda pública al desarrollo en las opiniones y las clases políticas, como también la de la “inmigración”, del “islam”, de “África” o de “Asia”, son indisociables del legado de las conciencias imperiales, sin que por ello sean irreductibles. Prueba de ello es la virulencia del actual debate francés sobre los suburbios y los “indígenas de la República”.<sup>5</sup> Desde polémicas ideológicas hasta proyectos de ley, la colonización se ha vuelto nuevamente objeto de controversia pública cuarenta años después de las independencias, tal vez simplemente porque tuvo un papel constitutivo en la formación de la conciencia nacional y la afirmación del nacionalismo en Europa desde el siglo XIX, o incluso desde el siglo XVI.<sup>6</sup> Étienne Balibar lo señala a propósito de la relación entre Francia y Argelia, que en su opinión

constituyen un conjunto de “uno y medio”:

“Lo que hay que poner en tela de juicio es la idea de que las dimensiones de la pertenencia nacional son necesariamente representables con números enteros, como uno o dos [...] El hecho de que la nación se haya formado en el imperio quiere decir que el imperio sigue estando en las naciones [...]”<sup>7</sup>

Así, esta es la época de la memoria dolorosa: la del arrepentimiento ante el recuerdo de las masacres, del trabajo forzado, de la esclavitud, la de la frustración o del enojo intergeneracional, y también, a veces, la de la nostalgia por los “buenos tiempos” y el “papel positivo” de la “presencia” europea en ultramar. En los países anglófonos, toda una corriente crítica de las ciencias sociales, o más exactamente de los *cultural studies*, y cuyos principales representantes son particularmente Homi Bhabha, Paul Gilroy, Stuart Hall y Gayatri Spivak, considera que la situación colonial es inherente a la experiencia política contemporánea, y en particular a las formas de opresión de clase o de género y a la condición social de los inmigrantes, al riesgo evidente de ocultar la diversidad de los contextos históricos, de sustantivar el calificativo colonial en una “colonialidad” única y de reificar el legado colonial en “poscolonial” esencial.<sup>8</sup>

Resulta evidente que las antiguas colonias, de manera simétrica, están habitadas por sus propias “memorias de imperio”.<sup>9</sup> La sensibilidad antiimperialista es un recurso aparentemente inagotable de legitimación para las clases dominantes africanas, asiáticas o latinoamericanas y para sus competidores. Las relaciones sociales surgidas del Estado colonial y de su economía política siguen siendo subyacentes a divisiones o conflictos de primer orden, debido a la reproducción de líneas de dominación, acumulación y exclusión heredadas de la época imperial. Entonces, como hecho de conciencia, la evidencia del “legado colonial” está ahí, misma que ahora es necesario comprender más allá de lugares comunes y de falsas explicaciones.

### *El legado colonial: evidencias y verdades a medias*

En una primera etapa, puede resultar de utilidad hacer el repertorio, no exhaustivo, de algunas de las principales continuidades sentidas o supuestas del momento colonial<sup>10</sup> al momento “poscolonial”, sin pretender explicar dichas manifestaciones ni atribuirles una función explicativa, ya que tampoco estamos en posibilidades de entrar en detalles para cada una de ellas.

El legado colonial más sobresaliente tiene que ver con la perpetuación del territorio político del Estado, nacido de la ocupación y la administración coloniales, así como de la interacción entre las potencias coloniales mismas. La descolonización aparece en efecto

retrospectivamente, por regla general, como un vasto movimiento de apropiación, más o menos conflictivo, del espacio político del Estado colonial, tanto en África como en Asia — con la sola excepción del subcontinente indio, desgarrado por la Partición de 1947— y, después de 1991, en el área postsoviética.<sup>11</sup> Esta reproducción del marco territorial no es resultado de la sola “traición” de las elites políticas sometidas al “imperialismo”, en el momento de las independencias. Descansa en prácticas y lógicas sociales complejas y masivas. Elemento importante de su legitimación, la cultura material y simbólica del Estado contemporáneo, por ejemplo en el campo de la arquitectura, del urbanismo, del vestido y de la cocina, también encuentra sus raíces en el momento colonial. Además, la mayor parte de las identidades particulares, a veces calificadas de manera engañosa como “primordiales” — como la etnicidad en África, el “comunalismo” en India o el confesionalismo en Líbano— de hecho se cristalizaron en el momento colonial, más que constituir un fondo cultural atávico; fueron otros modos de apropiación de las instituciones del Estado poscolonial. Del mismo modo, ciertos radicalismos identitarios “globales” —como al afrocentrismo en Estados Unidos o en África subsahariana y el antisemitismo en los países árabes, muy anterior a la creación de Israel— parecen ser, en parte, productos derivados del radicalismo europeo del siglo XIX y del comunitarismo colonial que dividía a europeos, judíos e indígenas, en particular en Argelia.<sup>12</sup>

En consecuencia, es frecuente que las clases o los grupos que dominan la economía y el Estado nacionales contemporáneos hayan iniciado el mecanismo de su preeminencia al amparo del Estado colonial, y a veces gracias a la relación privilegiada que mantenían con este. No es posible generalizar a todo el conjunto de las antiguas situaciones coloniales ni elaborar un cuadro exhaustivo. Sin embargo, el origen colonial de los sistemas de desigualdad y de dominación contemporáneos parece irrefutable, aunque no exclusivo, en la mayor parte de los casos. La economía política de los tiempos presentes procede de las configuraciones imperiales de los siglos XIX y XX, lo que no excluye para nada la eventualidad de verdaderas rupturas, a veces de tipo revolucionario.<sup>13</sup> Los mismos imaginarios del gobierno se derivan, en muchos de los casos, del momento colonial. Esto es cierto en primer lugar para la noción ejemplar de “desarrollo”. Esta noción reformula las problemáticas de la “puesta en valor” y de la “misión civilizadora”,<sup>14</sup> así como la de la obra misionaria, al menos en sus sensibilidad universalista, tal como lo encarnaron en particular la London Missionary Society o el metodismo en África austral.<sup>15</sup> Las grandes ideologías políticas en las que se reconocieron los actores del movimiento nacionalista y los administradores del Estado poscolonial también se difundieron en el momento colonial, unas veces por enseñanza directa, en los establecimientos escolares y universitarios imperiales, y otras por capilaridad, gracias a la intermediación de terceros actores en la colonización — como los militantes comunistas, socialistas y hasta cristianos—, a las redes transimperiales de solidaridad y de socialización, a las estancias estudiantiles en las metrópolis, a las diversas

experiencias de expatriación en el mundo occidental, en el campo socialista o en otras posesiones imperiales. Además, el reformismo, como modo de pensamiento del Estado, aunque fuese neoliberal, y como forma de política pública, encuentra uno de sus precedentes en el Estado colonial que no dejó de “reformarse” a sí mismo, al mismo tiempo que pretendía reformar las sociedades a las que había sometido.<sup>16</sup>

Pero más allá de estos planes manifiestos de la “gubernancia” o del “gobierno”, y como condición de su emergencia y de su eficiencia, es la representación misma de lo social en el seno del Estado colonial lo que parece haberse reproducido, a pesar de las independencias. Tanto la visión positivista del progreso, que de manera lineal y teleológica recorre la historia desde el punto cardinal de la tradición hasta el de la modernidad, como la idea prometéica del “dominio”<sup>17</sup> del administrador, del ingeniero y del médico sobre la naturaleza, la enfermedad, las cosas y la gente, surgieron ampliamente del momento colonial, en el siglo XIX y en las primeras décadas del XX,<sup>18</sup> dado que este último sólo fue una matriz, entre otras, de semejante concepción del cambio, inseparable de Las Luces, de su “despotismo ilustrado” y de su *Policeystaat*, de la obra evangelizadora, de la Revolución industrial y técnica, del sansimonismo, de la francmasonería, del espíritu democrático y republicano, de la teoría de la razas, del socialismo y del comunismo.

Sin embargo, el *episteme* imperial no se resume de ninguna manera en la imposición unívoca de su “modernidad” sobre la “tradición” indígena. En los hechos, las cosas siempre han sido más complejas, aunque sea porque la “invención de la tradición”<sup>19</sup> es desde hace más de dos siglos un vehículo mayor del cambio social tanto en las metrópolis imperiales como en sus posesiones coloniales. Incluso si Eric Hobsbawm y Terence Ranger tomaron después cierta distancia en relación con su uso demasiado sistemático o mecanicista,<sup>20</sup> el concepto de “invención de la tradición” da cuenta útilmente del imaginario del nacionalismo en sus diferentes orientaciones ideológicas o institucionales, y también, de manera más amplia, del de la civilización urbana y de su consumo de masa, con su culto por los estilos “neo” y por la “autenticidad”. Al mismo tiempo, designa algunos de los principales engranajes de la *Indirect Rule* y la emergencia concomitante del orientalismo como representación del otro y luego entonces de sí.<sup>21</sup> Por ello, la “invención de la tradición” fue un ingrediente fundamental de la formación del Estado-nación y de la globalización desde finales del siglo XVIII. Hoy sigue siendo uno de sus más importantes repertorios. El culturalismo —es decir la convicción íntima de que las “culturas” existen como totalidades distintas, y hasta antagónicas a las que pertenecemos respectivamente— es una de las ficciones paradójicas de la globalización. Desde hace dos siglos, el cambio de escala económico, financiero, social, político o cognitivo fue de la mano con procesos de retracción identitaria y con la producción de particularismos de todo tipo. La boga de la tesis nebulosa del “choque de civilizaciones” de Samuel Huntington o de nuevas escuelas universitarias como las del etnodesarrollo o de la etnosiquiatría no son sino expresiones coyunturales de

esta tendencia general. Sin que la relación de una con otra quede establecida, repercute en el interés de la antropología colonial británica, en particular de la obra de Malinowski, que, ciertamente, pretendía privilegiar la “situación de contacto” (*contact situation*) en la que la cooperación entre blancos e indígenas abría caminos para el cambio social, y que también hablaba del “choque de razas” o del “choque de civilizaciones” al oponer fenómenos planteados como “distintos y no integrados”.

También puede pensarse que la exaltación contemporánea de la “sociedad civil” refunda la “invención de la tradición” y constituye una “forma nueva de la *Indirect Rule*, al movilizarse de nuevo la cultura indígena para controlar a los indígenas”,<sup>22</sup> por ejemplo en los ámbitos del microcrédito, de la microempresa o de la defensa del medio ambiente. Más ampliamente, la problemática neoliberal de la “transición” a la economía de mercado y a la democracia, que ha hecho de las organizaciones no gubernamentales auxiliares predilectos, abraza a menudo las premisas del autoritarismo desarrollista o modernizador de antaño. Hoy, al igual que ayer, el enemigo del progreso sería el pueblo, sus tradiciones, su oscurantismo, su egoísmo; el obstáculo que es necesario atravesar es la sociedad real, mientras que se magnifica su hipóstasis, de ahora en adelante la “sociedad civil” y en otros tiempos la nación o el proletariado. La “terapia de choque” neoliberal es simétrica a la “cirugía social” característica de la “cuestión colonial”, para retomar la expresión de un historiador de los años 1940.<sup>23</sup> *In fine* las reformas llamadas de liberalización de las dos últimas décadas pueden revelarse aparatos tanto de control político y social como de construcción del mercado.<sup>24</sup> Y la célebre asociación público-privado que promueven retoma la colaboración colonial sistemática entre, por una parte, la administración, y por la otra, los inversionistas, las empresas, los compradores, las misiones cristianas o los intermediarios indígenas, en forma de delegaciones, de concesiones, de granjas generales —procedimientos todos de “privatización del Estado”,<sup>25</sup> que fueron tan propicios al *straddling* entre posiciones de poder y posiciones de acumulación y que confirmaban las prácticas de la *Indirect Rule*.

Entonces, en un primer análisis, aquí tenemos algunas continuidades que bastan para demostrar la amplitud del legado colonial. Es posible completar este rápido inventario con algunas observaciones. La colonización fue a veces para los colonizados un “estupor causado por una derrota total”,<sup>26</sup> o se construyó ideológicamente como tal. En ciertos casos, su violencia no puede subestimarse: la “conquista apocalíptica” de África ecuatorial, que duró unos cuarenta años, de 1880 a 1920, causó la muerte de la mitad de su población.<sup>27</sup> Además, los imperios instauraron progresivamente formas más o menos radicales de segregación racial que culminaron en África austral: la coerción física en las relaciones políticas y las relaciones sociales de producción fueron de la mano con un envilecimiento simbólico igual de cruel. Desde este punto de vista, la colonización representó lo que el historiador de la Revolución francesa Michel Vovelle llama un “acontecimiento traumatismo”,<sup>28</sup> y sigue marcando profundamente la historicidad de las sociedades conquistadas, aunque también la de las

sociedades conquistadoras.

En tanto sociedades políticamente sometidas y militarmente ocupadas, las sociedades colonizadas desarrollaron repertorios de acción propensos al subterfugio, la disimulación y el escarnio,<sup>29</sup> que no son por lo demás lo propio de la situación colonial, ya que se encuentran en los países de Europa oriental o en Italia, y que además se articulan con géneros culturales autóctonos de la *metis* o del engaño.<sup>30</sup> “El acto de colonialización [provoca] automáticamente un reflejo mental de clandestinidad”, declaraba en 1959 un responsable del Partido de la Federación Africana.<sup>31</sup> En nuestros días, el esquivamiento sistemático de las condiciones exigidas por los socios capitalistas quizás no es sino la continuación de esa experiencia histórica. De igual modo, la generalidad del principio de intermediación en las situaciones o los momentos coloniales multiplicó las ocasiones de “malentendido operatorio”,<sup>32</sup> entre autoridades y auxiliares o entre los sujetos coloniales y “rutinizó” este tipo de interacciones hasta el día de hoy. Las sociedades coloniales (y poscoloniales) son así de “doble fondo”.<sup>33</sup> Constituidas por una pluralidad de espacios-tiempos, son profundamente heterogéneas y no se dejan llevar fácilmente a una sola dimensión, ya sea la de la “colaboración”, de la “lucha nacionalista”, de la “integración nacional”, de la “participación” o hasta la de la “lucha de clases”, para limitarnos a los grandes paradigmas que han hecho esfuerzos por asirlas.<sup>34</sup>

Por esa razón el control del Estado colonial sobre las sociedades a las que sometía fue limitado en el tiempo y el espacio, pero real y duradero en sus efectos. En este plano, la noción de “occidentalización” es inconveniente. La amplitud de la puesta en dependencia de África y Asia se ha exagerado durante mucho tiempo. El momento colonial, de hecho, no ha nivelado de ninguna manera la historicidad irreductible de sus sociedades, pero ha modificado las condiciones de su extraversión. En todo caso, les ha procurado una “renta de la dependencia” que sus diferentes actores se han esforzado en captar para su beneficio mediante luchas sociales, o hasta conflictos armados, autónomos en relación con las políticas públicas y a las estrategias del colonizador. Ha cambiado la escala y las apuestas de la competencia social instaurando o santuarizando el capitalismo, y por lo mismo la institución y las prácticas jurídicas de la propiedad privada en su relación con un ámbito público, difundiendo un nuevo saber, delimitando al Estado-nación como arena principal de la confrontación política e insertando los territorios involucrados en circuitos mundiales nuevos.

## Transmisiones

Toda interpretación causal unívoca, de tipo historicista o culturalista, sería inapropiada en el estado actual del debate en ciencias sociales. Ya nadie se detiene, por ejemplo, en la influencia respectiva de los modelos británico y francés de administración colonial en el devenir del África contemporánea, ya que esta dicotomía parece haberse sustentado en un análisis

empírico insuficiente y haber dado un mejor lugar a las conmociones nacionales que a los hechos: la administración colonial francesa fue ampliamente “indirecta”, y la *Colonial Rule* muy dirigista.<sup>35</sup> De igual manera, la idea de que una “cultura política”, por ejemplo colonial —o también, por una falsa oposición, “tradicional”—, sea el factor determinante de la acción social contemporánea no resiste por mucho tiempo el análisis: en una situación dada, diferentes actores, y a veces actores iguales en momentos diferentes, sacan lecciones antagonistas de un pasado común. Ese es, por lo demás, uno de los contrasentidos que se puede reprochar a los trabajos recientes que, de manera teleológica y no sin pasión ni anacronismos, atribuyen a las prácticas de excepción de la conquista y del Estado coloniales la paternidad y la responsabilidad de la legislación de excepción de Vichy y de la Shoah.<sup>36</sup> Esa es también la simplificación literaria y polémica en la que a veces se detienen los “estudios poscoloniales” mismos, dando por sentada la inherencia de la experiencia colonial al mundo contemporáneo. No es que la hipótesis sea intrínsecamente errónea, pero pide ser demostrada caso por caso más que planteada como sustantivo y como postulado casi metafísico.

Ni el “legado colonial” ni de hecho el de las sociedades colonizadas constituyen factores explicativos que pudieran bastarse por sí solos. El enfoque pertinente es en definitiva el de la sociología histórica del político que se interroga acerca de los procesos concretos, en situaciones contingentes precisas, mediante los cuales se efectúa el cambio social y se afirman de manera simultánea líneas de continuidad. No hay una respuesta única a la pregunta del “legado colonial” en las formas del gobierno contemporáneo. Por el contrario, se dibuja una problemática más o menos coherente según la cual el gobierno contemporáneo tiene por fuerza algo que hacer y que ver con el pasado colonial del que surge —ya que dicha relación resulta singular de un caso a otro. Así, no se trata de erigir una teoría o una interpretación global del “legado colonial”, sino de definir un procedimiento analítico y operacional en un contexto circunscrito, por ejemplo el de un proyecto o un programa de desarrollo, o también con la medida de un territorio histórico, de una ciudad, de un país o de una subregión, de acuerdo con un “juego de escalas”,<sup>37</sup> adaptado a lo que se busca.

La obra de Max Weber resulta en este caso de gran ayuda. En sus análisis causales, Weber pone el acento en las “interacciones sincrónicas”, y también en las “interacciones diacrónicas”, mismas que define ya sea como “legado”, ya sea como “condiciones antecedentes”.<sup>38</sup> Se rehúsa a imputar a un número limitado de factores, y menos aún a un factor único, una prioridad causal general. Para él, el “pluralismo de las orientaciones de la acción” debe estar en el centro de todo análisis causal. Max Weber razona en términos de experiencia histórica o, mejor aún, de matriz histórica: “La conceptualización de los fenómenos históricos [...] no engarza [...] la realidad con categorías abstractas, sino que se esfuerza por articular en relaciones genéticas concretas que revisten de manera inevitable un carácter individual propio.”<sup>39</sup> Sin embargo es una regla que “lo que se transmitió del pasado



se vuelve en todas partes el precursor inmediato de lo que se considera como válido en el presente.”<sup>40</sup> Esta relación del presente con el pasado es fragmentaria, latente, evolutiva, de largo alcance y, para decirlo todo de una vez, contingente. Es de orden contextual y, en este sentido, la noción misma de causalidad es peligrosa si supone que las mismas causas producen los mismos efectos. Porque los factores de causalidad no valen más que en las configuraciones singulares de situaciones históricas dadas. La acción que el pasado configura participa también de una interacción coyuntural.

La cuestión del “legado colonial” se vuelve entonces la del contexto de la acción configurada por el pasado colonial. Y las modalidades de estas “supervivencias” resultan fáciles de desviar y paradójicas, en lugar de ser una “cadena causal” unívoca. Los “legados” son así susceptibles de reproducirse en el tiempo dentro de un mismo campo —por ejemplo religioso o político— y también desplazarse de un campo a otro, por ejemplo del religioso o del parentesco al político o al económico. En los contextos poscoloniales muy diferentes del Asia central o del sur de Camerún, Olivier Roy y Peter Geschiere demostraron así de qué manera las relaciones de parentesco revelan ser vectores de la economía de mercado.<sup>41</sup> Se sabe además que representan repertorios clásicos de la enunciación de las relaciones políticas y de su legitimación. Son en particular desplazamientos de un campo a otro, que explican por qué “legado” y “condiciones antecedentes” no establecen nunca por sí solos una causalidad adecuada.<sup>42</sup>

El propósito no es de suputar, de manera estática, la influencia del “legado colonial” sobre las formas contemporáneas de “governancia” o de “gobierno”, sino de restituir los procesos históricos mediante los cuales estas formas de “governancia” o de “gobierno” “emergieron” del pasado colonial, en el sentido en el que Michel Foucault habla de la “emergencia” (*Entstehung*) o de la proveniencia (*Herkunft*) de las prácticas o de los fenómenos sociales, en los intersticios de la contingencia histórica, de preferencia en su “origen” (*Ursprung*) lineal.<sup>43</sup> Varias formulaciones convergentes vienen a la mente:

\* *la sociología de los actores históricos de la transmisión del legado colonial*: por ejemplo la de los antiguos administradores o policías en puestos en ultramar y reciclados en las burocracias metropolitanas en el momento de la descolonización;<sup>44</sup>

\* *el estudio de la concatenación o del encadenamiento de modos coloniales de gobierno en el Estado poscolonial, las formas antiguas se imbrican en el esquema contemporáneo que las subordina o por el contrario se ve subvertido por ellas*. Los autores marxistas, en los años 1960 y 1970, adoptaron este tipo de análisis, ya sea en términos de “trayectorias” del paso de la esclavitud al feudalismo, y luego de este al Estado absolutista y al capitalismo (Perry Anderson), ya sea en términos de articulación de los modos de producción y de sumisión de las relaciones sociales lineales de producción en el capitalismo (Claude Meillassoux, Emmanuel Terray, Pierre-Philippe Rey *et al.*). De igual manera, algunos historiadores han mostrado cómo volvieron a desplegarse en el seno del Imperio colonial

británico, y en todo el mundo, redes mercantiles del subcontinente indio que en un primer momento habían quedado cercenadas de sus mercados tradicionales.<sup>45</sup> Del mismo modo, las relaciones sociales establecidas en el momento colonial, los modos de explotación de la fuerza de trabajo y de gestión de las instituciones económicas que este último instauró y los flujos mercantiles que abrigó son susceptibles de reproducirse en el gobierno del mundo contemporáneo, lo que no significaría sin embargo que fueran idénticos a lo que eran en los imperios;

\* *la problemática toquevilliana del “antiguo régimen” y de la “revolución”, al perseguir el nuevo régimen los mismos fines que su predecesor pero con diferentes medios*, por ejemplo ambas partes de la cesura de las independencias, o de la ruptura republicana en Turquía, o de la revolución en China y en Irán.<sup>46</sup> Este enfoque resulta particularmente útil para analizar las políticas públicas de los Estados contemporáneos;

\* *la problemática conexa, gramsciana, de la “revolución pasiva” y del “transformismo” que permite a los grupos sociales dominantes “cambiarlo todo para que todo siga igual” —según la fórmula de Tancredo, en El gatopardo de Tomasi de Lampedusa—, cooptando ideológica y materialmente a las contraelites potencialmente radicales*. Ayuda a comprender cómo fue que las clases dominantes pudieron mantener su ascendente, de manera sucesiva, durante la ocupación colonial, la movilización nacionalista y la descolonización, y sobrevivir a diferentes cambios de régimen político, a semejanza de la aristocracia fulani y hausa del norte de Nigeria, o por el contrario cómo fue que no lograron reproducirse, a imagen de las elites árabes de Zanzíbar o tutsi de Ruanda en el momento de acceder a la independencia. De manera más general, esta problemática da muy bien cuenta de la trayectoria del Estado poscolonial en África subsahariana<sup>47</sup> y de las “situaciones termidorianas” en favor de las cuales los estratos revolucionarios se perpetuaron como clases políticas profesionalizadas al servicio del Estado, consolidaron su dominio, se apoderaron de los principales canales de acumulación primitiva y hoy están confrontados con el doble desafío de la liberación económica y del cambio de escala de la globalización (Rusia, China, Vietnam, Camboya, Laos, Irán).<sup>48</sup> Cada uno de los casos resulta útil para deconstruir las “reformas sin cambio”,<sup>49</sup> que son el destino de los programas de liberalización económica, dado que prevalece la continuidad de las líneas de dominación y de la toma de intereses en beneficio de núcleos duros de poder, notablemente estables en el tiempo (Marruecos, Túnez, Siria, Kenia, Camerún):

\* *la identificación de los efectos acumulativos de cierre y de evicción que, al correr del tiempo, delimitan de manera negativa las “problemáticas legítimas de lo político” (Pierre Bourdieu) al definir un impensable o un indecible o un imposible políticos*. Los procesos de redacción de relatos de la república en Turquía, de la Revolución en Irán, de la Reforma en Túnez, del Makhzen en Marruecos, de la Unidad Nacional en África subsahariana y de la Seguridad en Malasia delimitan y estructuran de ese modo los campos políticos. Queda por

saber mediante qué “relaciones genéticas concretas” (Max Weber) provienen del acontecimiento colonial o paracolonial;<sup>50</sup>

\* *la hipótesis de la reactualización, en el tiempo, del lenguaje terciario de las transacciones hegemónicas sobre las que descansaban los imperios coloniales.*<sup>51</sup> Ya lo hemos visto, es perturbadora la similitud entre las ficciones más o menos útiles de la “gobernancia mundial” y la enunciación imperial del “fardo del hombre blanco”. Pero su desciframiento supone, por una parte, un análisis crítico sistemático de los discursos y, por la otra, su puesta en relación con la economía política de las situaciones o de los momentos considerados, si se quiere evitar la trampa de la teleología historicista según la cual se duplicaría la hegemonía mundial.

El 4 de julio de 1960, el general Janssens, comandante en jefe de la Fuerza Pública, había escandalizado en Leopoldville al escribir en un pizarrón: “Después de la independencia = Antes de la independencia.” Hacía falta, y todavía sigue haciendo falta, una demostración clara y contundente.

Los momentos coloniales: debates, tipos, periodos y combinatorias

El Estado colonial es un momento.<sup>52</sup> Primero que nada un momento desde el punto de vista de las ciencias sociales, pues esta noción, todavía hace algún tiempo, habría aparecido como un oxímoron, o hasta como una provocación política. Los autores más atentos a las dinámicas de las sociedades colonizadas usaron durante mucho tiempo el término de “situación colonial” al precio de cierta reificación de la misma “situación”, erigida en ideal-tipo universal y en “fenómeno social total”, aunque la necesidad de hacerle lugar al “segundo plano histórico” se formuló con claridad.<sup>53</sup> Serán los *subaltern studies* indios los que, entre los primeros, y no sin caer en cierto populismo nacionalista ni liarse con diversas aporías teóricas o metodológicas, romperán con este enfoque al postular que había subsistido durante el periodo colonial británico un “dominio autónomo indio” (Ranaji Guha) de pensamiento y de acción, irreductible a los enunciados orientalistas y fuera del control del Estado colonial.<sup>54</sup> Seguirá toda una literatura antropológica e histórica que se esmeraba en valorizar las interacciones, y hasta el “diálogo” o el “encuentro” entre este último y las sociedades colonizadas, aunque tuviera que criticar o afinar el proceso de los *subaltern studies*, divididos por su parte en varias corrientes.

Tales interacciones entre el colonizador y los actores sociales colonizados permiten separar la objeción según la cual el concepto de Estado colonial sería impropio, fuera de las situaciones de independencia sin descolonización como en Latinoamérica a principios del siglo XIX, en la Rodesia de la *Unilateral Declaration of Independence*, o hasta Israel para ciertos críticos del sionismo. Fueron subyacentes a procesos al mismo tiempo de “construcción” y de “formación” del Estado “racional-legal”,<sup>55</sup> incluso si la soberanía de este

último sólo quedó instaurada (o reestablecida) en un momento posterior. Para colmo, la dominación del Estado metropolitano colonizador se desarrolló a partir de procesos endógenos de formación del Estado que no anuló de manera sistemática, sino que recompuso, amplificó o fundó, según el caso, y en los cuales a veces se disolvió.<sup>56</sup> Es muy normativo y reductor pensar, con la historiografía nacionalista, que tuvo un efecto regresivo en este sentido al bloquear la eclosión, la maduración o la modernización de los Estados autóctonos, aunque indudablemente haya confiscado su soberanía, modificado su dominio territorial, trastornado su economía política y transformado su base social.<sup>57</sup> Las relaciones de poder y de producción de lo político propias de las sociedades conquistadas prosiguieron su viaje de largo plazo durante el momento colonial, sea cual haya sido la cesura o la distorsión que haya introducido en sus trayectorias.

El hecho de que haya habido un Estado colonial —es decir, más exactamente, un proceso de formación de un Estado colonial— dotado de una autonomía relativa y de cimientos sociales específicos, de que sobre este último haya pesado una historicidad propia, y de que no haya aplanado la de las sociedades a las que había sometido es algo que ahora se reconoce con mayor claridad. Y de hecho el Estado colonial, momento en las ciencias sociales, es sobre todo un momento complejo en trayectorias históricas que existían antes que él y que le sobrevivieron.

En primer lugar, el Estado colonial debe diferenciarse de otras formas imperiales o coloniales aunque haya podido mantener con estas últimas relaciones estrechas, o incluso confundirse con ellas o supeponerse a ellas, como veremos más adelante. Después, el Estado colonial *stricto sensu* tuvo periodos diferentes que impiden conjugarlo en singular. Uno de sus prototipos se remonta a la colonización veneciana de Creta (1211-1669): la Serenísima República administraba directamente la isla a pesar de la distancia que la separaba de ella y para hacerlo no delegaba en una nobleza conquistadora, una guilda mercantil o una compañía de comercio; también estuvo marcada por la “reverberación” en su seno de la experiencia de ultramar y etnizó la relación entre griegos y latinos.<sup>58</sup> Los imperios coloniales mercantilistas, y en particular la Monarquía católica, representaron otra fase de burocratización transoceánica.<sup>59</sup> Además, la economía mercantilista de plantación fue a la vez “precursor” de la dominación ulterior de los caciques y de los caudillos en Latinoamérica, en el marco del Estado-nación, y de la empresa capitalista “racional-legal”.<sup>60</sup>

Pero es por supuesto el imperialismo colonial de los siglos XIX y XX, que sustituye a estos primeros imperios modernos, a las compañías de comercio y a la economía de las factorías, el que nos llama más la atención. El Estado colonial adquiere entonces una nueva especificidad. La ocupación militar directa sobre la que se construyó es indisociable, por una parte, de la emergencia del Estado-nación, de la Revolución Industrial, de la expansión del modo de producción capitalista y de las transformaciones técnicas que lo acompañan, y por la otra, de la racialización creciente de las relaciones sociales entre europeos e indígenas en la

segunda mitad del siglo XIX. La conquista colonial también es concomitante con otras innovaciones, que por lo demás no son necesariamente congruentes, como la estructuración de una sociedad civil burguesa y potencialmente crítica: es un movimiento misionario autónomo en relación con el Estado y ampliamente asociativo, que saca fuerza del combate abolicionista y que se pone a la cabeza de la evangelización, y ya no sólo de una Iglesia católica y de las órdenes en simbiosis con los poderes imperiales y la Santa Sede; además los intelectuales, la prensa o la Universidad ejercen un derecho de fiscalización propio sobre los imperios que va de su legitimación a su subversión.<sup>61</sup>

El tipo-ideal del Estado colonial de los siglos XIX y XX debe a su vez periodizarse y diferenciarse, tal como lo reconocía en seguida Georges Balandier.<sup>62</sup> En primera instancia — y sólo en primera instancia— el Estado colonial atravesó por varias fases ideológicas que afectaron sus prácticas, sus políticas públicas y su economía política, al mismo tiempo que su base social: grosso modo, la fase de la conquista, la de la colonización “ética” o “civilizadora”, la de la “segunda ocupación” después de la crisis de 1929 y la Segunda Guerra Mundial, la de la liberalización política, y por último la de la descolonización. No fue homogéneo de un imperio a otro, y en el seno de un mismo imperio, de una posesión a otra, e incluso en el seno de cada una de estas últimas, de una región a otra. Las modalidades de su desmantelamiento, por retiro unilateral o negociado, por pérdidas territoriales en beneficio de otra potencia, por derrota política o militar al final de una guerra de liberación, también produjeron conciencias imperiales diferentes, más o menos apacibles, desdichadas o nostálgicas. Por último, conviene recordar que los actores de la colonización — administradores, misioneros, plantadores, industriales, comerciantes, maestros, médicos, hombres de letras, etc., todos ellos, por lo demás, de nacionalidad, de regiones, de confesiones y de orígenes sociales diversos— estaban divididos entre sí como lo han revelado abiertamente los conflictos de descolonización;<sup>63</sup> que los colonizados desempeñaron un papel activo en el seno del Estado colonial o en relación con este; y que la experiencia colonial se “reflejaba” en las metrópolis mismas.

Así, la colonización fue sin duda una historia de interacciones, sincrónicas y diacrónicas, una faceta de esta “interacción mutua generalizada” que la globalización ha constituido a partir del siglo XIX. Científicamente resulta inútil querer modelizarla más allá de lo razonable, de tanto como ha constituido un acontecimiento prodigiosamente complejo, marcado con el sello de la contingencia. Desde este punto de vista, a las grandes categorías en uso, como la distinción entre Estado de conquista y Estado colonial propiamente dicho, la “segunda ocupación colonial”, los tipos de colonización o de administración, y el movimiento nacionalista, por prácticas que resulten, no se les debe otorgar un estatus explicativo o narrativo exagerado.

Además, el momento colonial, aprehendido en su historicidad, se topa con otras trayectorias, provistas también de su propia historicidad, misma que la ocupación militar, la represión política, la “misión civilizadora”, la evangelización o el desarrollo económico nunca

lograrán anular. Trayectorias de grupos sociales autóctonos preexistentes que atraviesan el momento colonial de la manera más favorable a sus intereses y de acuerdo con estrategias o repertorios morales irreductibles al nuevo orden, a imagen y semejanza de la nobleza de toga de los *priyayi* de Java. Trayectorias de sociedades o de formaciones políticas englobadas en el Estado colonial, pero que buscarán dentro de sí su futuro, a la manera del pueblo Mossi en Alto Volga, del Buganda en Uganda, de los Estados principescos del Raj, de las monarquías bajo protectorado o también, de manera más discreta aunque no menos efectiva, de numerosas sociedades de linaje.<sup>64</sup> Trayectorias particulares de movimientos culturales o religiosos, de repertorios o estilos éticos, de ideas políticas que conservarán su autonomía, como el cristianismo, el islam, el panafricanismo, el movimiento comunista internacional, la francmasonería, formas de vestir o formas de bailar. Y por último, trayectorias de otros imperios, ya sean europeos o extraeuropeos, a los que se sobreañadirá o con los que entrará en competencia el imperialismo nacionalista e industrial.

Ahora nos gustaría insistir en este último tipo de “encuentro” interimperial para alimentar el debate. El colonialismo europeo del siglo XIX no fue una experiencia exclusiva entre una metrópoli y un conjunto de posesiones. Por una parte, los imperios coloniales tuvieron que transigir con los legados de imperios —por ejemplo el del Imperio otomano en África del Norte y en Machrek— que les habían precedido, y de manera más difusa con campos históricos transnacionales. En ocasiones incluso cooptaron “imperios secundarios” cuya expansión favorecieron con la esperanza de instrumentalizarlos, como lo hicieron Gran Bretaña con Omán en el Océano Índico y, en una primera etapa, Francia con Samory en África Occidental.<sup>65</sup> La coexistencia de estas formas imperiales en regiones precisas a menudo fue duradera, como lo indicó Nancy Roce Hunt a propósito de la superposición y de la colaboración de los belgas y los árabes en el este del Congo.<sup>66</sup> Por otra parte, el colonialismo europeo tejió numerosas “interconexiones imperiales”<sup>67</sup> en el seno de cada uno de los imperios, aunque también entre ellos, y fue una experiencia política tanto intergubernamental o multilateral como transnacional.

Además de su interés comparativo propio,<sup>68</sup> la consideración de tales combinatorias imperiales tiene la ventaja de dibujar un mapa más completo de los “legados” posibles, en una situación dada, de comprender mejor los efectos de concatenación y de sedimentación inherentes a la globalización, y de asir la ambivalencia del momento “poscolonial”.<sup>69</sup> La memoria al respecto es particularmente confusa. En los países árabes, las representaciones de la soberanía otomana y de la dominación occidental con frecuencia son inciertas. En Camerún o en Togo, la colonización alemana sirve de mito crítico de la colonización francesa. La historia sudafricana, más aún, lleva la marca de la colisión entre la herencia de la VOC (Compañía holandesa de las Indias Orientales) y la de la colonización británica: las guerras anglo-bóers, las confrontaciones triangulares entre británicos, afrikaners y pueblos africanos autóctonos, que la presencia de los *Coloured* hacía más complicadas, y luego la consolidación

de la segregación racial y su consagración en forma de apartheid fueron la resultante dramática de la combinatoria entre dos edades imperiales, la de las compañías de comercio y la del colonialismo, aunque también entre lógicas administrativas o agrarias distintas, que por lo demás no coinciden con el antagonismo entre afrikaners y británicos, ya que muchos de estos últimos se instalaron como colonos a partir de la colonia del Cabo, y luego de Natal.<sup>70</sup>

Además, la interferencia de otras experiencias imperiales además de las del imperialismo europeo mediatiza la relación con Occidente, con la modernidad industrial y mercantil, con el “desarrollo”. Así, el impacto de las ideas europeas sobre el mundo árabe lo filtró el Imperio otomano, sus elites, su lengua, cuya influencia fue tan determinante en la materia como el vector egipcio o los cristianos libaneses educados en los establecimientos misioneros en los que durante mucho tiempo se puso el acento. Incluso el recurso a raíces y neologismos árabes para enunciar los nuevos conceptos políticos, económicos u otros dependió de esta desviación por parte del osmanlí.<sup>71</sup> Los imperios clásicos heredaron además repertorios específicos de la prosperidad, la justicia, la libertad, la administración, el poder, el Estado, la idea misma de civilización que el colonialismo no erradicó de ninguna manera.<sup>72</sup>

### Las transacciones hegemónicas imperiales

Los imperios, “clásicos” o coloniales, fueron construcciones heterogéneas, dilatadas en el espacio, fundadas en la cooperación tanto como en la represión, y que daban un lugar más o menos importante al pluralismo cultural y a la autonomía local mediante la “municipalización”, el reconocimiento de la “nobleza bárbara” —la “nobleza de los otros”—<sup>73</sup> o la *Indirect Rule*, y hasta, como hemos visto, a la subcontratación de su preeminencia con “imperios secundarios” o con Estados sometidos como escalones. Además, los imperios fueron experiencias transculturales, y luego transnacionales, de extraversión en el curso de la cuales categorías populares, aunque también elites políticamente dominantes, podían vivirse a través del prisma de la lengua, de las creencias, de los valores o del estilo del otro. Los del conquistador o también, paradójicamente, los del vencido, como en el caso de la mediación helenística del Imperio romano: la elite imperial, o en todo caso una fracción sustancial de esta, a veces era romana y se helenizaba, a veces era griega y se romanizaba, ya que la doble pertenencia cultural, lingüística y política era compatible con la ciudadanía romana y el ejercicio de funciones públicas. Un Plutarco, griego y ciudadano romano, era muy revelador, en sus múltiples identificaciones, de dicha ambivalencia de la extraversión imperial.<sup>74</sup> Como esto explica parcialmente aquello, los imperios también fueron momentos de circulación humana intensa: la de los guerreros, la de la fuerza de trabajo servil, la de los colonos, la de los sujetos aspirados por la metrópoli o en movimiento de una provincia a otra por las necesidades de la administración y del comercio, y también la de los intermediarios culturales

que forjaban y transmitían el tercer lenguaje del repertorio hegemónico imperial.

Desde todos estos puntos de vista, los imperios coloniales europeos no son la excepción, y el comercio internacional, las inversiones directas extranjeras en la industria o las plantaciones, la enseñanza universitaria, las misiones cristianas, las cofradías islámicas y la práctica de la Peregrinación los volvieron en seguida multilaterales y transnacionales. Por sí solos constituyeron una combinatoria imperial, hecha de rivalidades, de competencia económica, y simultáneamente de colaboración y de intercambio de saberes o de modelos, en forma de un verdadero “pancolonialismo” que reflexionaba en una especie de “política colonial comparada”, en particular en el marco del Instituto Colonial Internacional fundado en Bruselas, en 1894, a iniciativa del francés Joseph Chailley-Bert.<sup>75</sup>

Se plantea entonces la cuestión, respecto de tales formaciones políticas, de “mantener junto (su) mundo de significaciones” (Cornelius Castoriadis), a pesar de su extraversión cultural y de su dispersión territorial. Las interacciones económicas proporcionan una primera respuesta, cuyo alcance se relativiza pronto debido a la creciente globalización de los intercambios. La coerción aporta otra respuesta, que sabemos es insatisfactoria: los recursos militares, por decisivos que hayan sido en el momento de la conquista, siempre fueron insuficientes y a veces ridículos para garantizar la integridad de los imperios. Estos últimos, de hecho, debieron con mucho su permanencia a su legitimidad. En términos de Max Weber, fueron una “dominación” (*Herrschaft*) que suscitaba obediencia y adhesión, como un régimen de “fuerza” (*Macht*) fundado en el temor. O más bien un proceso de recomposición de un régimen de “fuerza”, en el momento de la conquista, a un régimen de “dominación”, de pretensiones “éticas”, “civilizadoras”, “evangelizadoras” o “asimilacionista” —proceso de recomposición que evidentemente estaba condenado a atorarse en un punto muerto por razones financieras, demográficas, políticas o simplemente “raciales”, y que no dejó de recurrir a la coerción más brutal.

Así pues, se trata de comprender mejor las “transacciones hegemónicas” que garantizaron la unidad y la reproducción de los imperios a pesar de su disparidad. En su estudio de la Monarquía católica, Serge Gruzinsky ve por ejemplo en el aristotelismo el “software” del imperio ibérico, que constituiría “un espacio cerrado, una esfera hermética cuyo eje es el núcleo duro que compondrían el utillaje intelectual, la ortodoxia romana, los sistemas y los códigos de expresión”, y que sería “impermeable” al mestizaje que opera abundantemente en otros ámbitos, como las artes o la evangelización.<sup>76</sup> La *paideia* en el Imperio romano, la *tapa* en Java y la manera de ser osmanlí, que descansaba particularmente en la adhesión a la escuela jurídica hanafita, en la práctica de la “disciplina de la sociabilidad islámica”<sup>77</sup> y en el uso de la lengua otomana, fueron tales lenguajes terceros imperiales.

Queda por lo demás un punto por debatir en cuanto a la “impermeabilidad” real de estos repertorios hegemónicos. O bien es completa, con lo que no se podría hablar de “transacciones”, aunque fuesen “hegemónicas”, pero de cualquier manera esto parece, si se lo piensa bien, poco probable. En el caso otomano, por ejemplo, Leslie Peirce, al estudiar un año



de funcionamiento del tribunal de la ciudad de Antab —hoy Gaziantep— en 1540-1541, poco tiempo después de su conquista, mostró que la aplicación del *kanun*, el derecho administrativo imperial, fue en los hechos uno de los principales espacios de diálogo entre el poder central y la provincia, en particular mediante del testimonio exigido por la *sharia* y que permite múltiples negociaciones o ajustes entre las autoridades y la población local.<sup>78</sup> O bien hay lugar para la transacción, aunque fuese bajo el yugo de la coerción, lo que supone por lo demás el concepto de hegemonía, y en este caso hay que dejar de lado la idea, si bien no la del “núcleo duro” o del “software”, al menos la de su hermetismo.

Desde este punto de vista, ¿cuál es el *quid* de los imperios coloniales? En cierto modo la “misión civilizadora” o sus equivalentes “éticos”, sus repertorios materiales y simbólicos de vivir-en-sociedad, el cristianismo y la idea de progreso y desarrollo ayudaron a “mantenerlos unidos”, y esto sobre todo porque tales ideas encontraban eco en registros autóctonos del “buen gobierno” o de las “Luces”, como, por ejemplo, en las sociedades islámicas o en los países yoruba.<sup>79</sup> Con motivo del “encuentro colonial”, hubo por supuesto “subjetivación imperial”, en la intersección de las técnicas de dominación de los demás y de las técnicas de constitución de un yo —un asunto de deseo, pasiones, lealtad, creencia, higiene, sexualidad, intereses, fantasías y, por lo tanto, también de conflictos y sufrimientos.<sup>80</sup> Cheikh Hamidou Kane describió muy bien en *l’Aventure ambiguë* ese “desconcierto de no ser dos”,<sup>81</sup> que, tal vez, ya había sido el de los griegos del Imperio romano, “al mismo tiempo dominados y dominantes”.<sup>82</sup> Las elites que garantizaron la interfaz entre el Estado o las instituciones sociales coloniales, por una parte, y, por la otra, las sociedades colonizadas —por ejemplo, en el Imperio francés, los “evolucionados”, los ciudadanos de las Cuatro Comunas en Senegal o los antiguos alumnos de la Escuela William Ponty—,<sup>83</sup> sin evocar a los *pepaideumenoí*, no son “aquellos que habían adquirido la *paideia*.”<sup>84</sup> Desempeñaron un papel primera importancia en la reproducción del legado imperial, tal como lo hemos esquematizado, durante la movilización nacionalista y después de las independencias. Aunque fuera por su manera de vestir, hombres como Senghor en Senegal, Njonjo en Kenya, Banda en Malawi, y hasta Mugabe en Zimbabwe simbolizan el vigor y la permanencia de este estrato social que engendró y cooptó el momento colonial. Ahora bien, no son por supuesto sino la parte más visible del iceberg. Al mismo tiempo, los imperios abrigaron múltiples “transacciones” cuyo nacionalismo, cuyos movimientos religiosos independientes y cuyas prácticas creativas de reinención cultural, por ejemplo en la música o el vestido, son ejemplos bien conocidos. Y su significación se ha calculado muchas veces por sustracción. Han sido menos desviaciones por deferencia a la norma, incapacidades para entender esta última, corrupciones de la ley y el orden, que modos de uso, de repartición y de apropiación del momento colonial.

Sin embargo, por otra parte, la noción de hegemonía parece ser contradictoria con la racialización de las relaciones sociales inherente a la experiencia colonial de los siglos XIX y

XX y con las limitaciones objetivas de su dominio sobre las sociedades indígenas. Algunos “subalternistas” indios hablan así de “dominación sin hegemonía” a propósito del Raj británico.<sup>85</sup> En su último libro, el historiador John Iliffe da al respecto una pista interesante en lo que se refiere a África: la colonización devastó o fragmentó las nociones vigentes del honor y las substituyó, sin mucho éxito, con tres repertorios morales, el *ethos* del regimiento, el de la respetabilidad cristiana, y el de la clase obrera; el éxito del nacionalismo provino justamente de la rehabilitación de cierta concepción del honor en sociedades militar, política y éticamente ocupadas y de su reivindicación de “dignidad”.<sup>86</sup>

La amplitud del “legado colonial” en las formas contemporáneas de gobierno sugiere sin embargo, *in fine*, no minimizar la hipótesis de la reproducción de una eventual hegemonía a través de los conflictos de la descolonización. Lo comprobarían la reconducción y a menudo la defensa encarnizada del marco territorial y del Estado-nación en sus fronteras imperiales, la aceptación y la intensidad del sentimiento de pertenencia nacional, la resiliencia de las identidades particulares llamadas “primordiales”, establecidas cuando ocurrió el momento colonial, la adopción de la institución burocrática por parte de las clases políticas y también por parte de las fuerzas sociales en los ámbitos religioso y asociativo, la permanencia de los repertorios coloniales de subjetivación en la doble dimensión de la cultura material y de las técnicas del cuerpo que se le asocian. En pocas palabras, la colonización dio nacimiento a lo que Max Weber llama “tipos de hombre” (*Menschentum*), con los que los actores contemporáneos siguen identificándose, llegado el caso según el repertorio nacionalista, pero también mediante otros lenguajes terceros, de orden económico, político o religioso, como los de la “reforma”, de la “buena gobernancia”, de la “prosperidad” (pentecostista o islámica), de la “sociedad civil”, y mediante múltiples técnicas del cuerpo que son el destino de la globalización. Los radicalismos, por ejemplo islámicos o indigenistas, no plantean por su parte una ruptura tan grande con estos repertorios como se podría suponer. Volvemos a encontrarnos con la vieja evidencia de que los conflictos son procedimientos de apropiación, y no sólo de rechazo.



Si la hipótesis de la reproducción contemporánea de la hegemonía colonial resultara exacta, arrojaría una luz diferente sobre el “legado colonial”. Por una parte, este se encuentra en el corazón de la hegemonía y de la definición de la ciudadanía en las metrópolis europeas mismas, de donde se deriva la virulencia de los debates actuales en Francia o en otras latitudes de Europa. Por la otra, se inscribe en las relaciones sociales constitutivas del Estado poscolonial más que referirse a las relaciones de este último con su antigua metrópoli o el mundo occidental. Así se comprendería mejor cómo y por qué las problemáticas de la cooperación, de la ayuda al desarrollo, del “ajuste estructural”, de la “governancia mundial” son en sí parte interesada de un encadenamiento, de una concatenación hegemónica,

considerados no como “poscolonialidad” esencial, sino como “acontecimiento”. Han sido una manera de salir de la colonización sin comprometer la inserción de las antiguas posesiones en la economía capitalista internacional ni su fidelidad diplomática en el contexto de la guerra fría.<sup>87</sup> Contribuyen al financiamiento de la cooptación sobre la que descansan las “revoluciones pasivas” poscoloniales, a la identificación de una nueva “nobleza de los otros” y a la emergencia de “corredores del desarrollo” que estructuran la articulación de las campañas del Estado, a favor de la multiplicación de los proyectos, de los programas y de las organizaciones no gubernamentales.<sup>88</sup> Renuevan el sistema de la “administración directa” mediante la intervención de estos últimos y mediante el recurso a la “Asociación público-privado”, en particular al rehabilitar el principio de la concesión con apariencia de liberalización y de privatización. Actualizan el discurso de la “pacificación”, de la “misión civilizadora” y del “etnicismo” promoviendo el “*peace-keeping*”, la “buena gobernanza”, la “transparencia”, la “*accountability*”, la “sociedad civil”. Prolongan las prácticas de ingerencia y de condicionalidad mediante las cuales las potencias occidentales han tutelado, con escasos resultados, al Imperio otomano, los territorios balcánicos y árabes que se habían emancipado o que se habían separado, Persia y China. Fundan un lenguaje tercero entre el centro del Imperio neoliberal y sus provincias que toma la forma de una “transacción hegemónica” masiva, de orden discursivo y material. Confieren al mercado una dimensión social de trampantojo, gracias a los “Objetos del Milenio” en materia de “lucha contra la pobreza”, y dan al neoliberalismo un rostro humano, al menos en un plano simbólico y discursivo, a falta de garantizar una verdadera transferencia financiera del Norte hacia el Sur.

En definitiva, el “legado colonial, en la “gobernanza” contemporánea, va mucho más allá de la simple apuesta de la “memoria” a la que de buena gana se reduce. Estructura en su intimidad a las sociedades políticas, las del “Norte” tanto como las del “Sur”. Configura ampliamente las políticas públicas de ayuda al desarrollo que, por su parte, no sólo tienen que ver con las relaciones internacionales, sino también y sobre todo con la economía política interna de los Estados, tanto donadores como receptores. En el fondo es lo eso lo que sugiere la vieja fórmula houpouetista de la “Franciáfrica”, por desgracia desviada de manera polémica y limitada en el registro de la imprecación moral. Se trata más seriamente de un asunto de sociología histórica: la globalización más inmediatamente contemporánea es hija de la colonización sin que podamos por ello contentarnos con esta simple constatación de “poscolonia”. Pensar el “gobierno del mundo” es pensar, situación por situación, la compleja y contingente relación que mantiene con sus raíces imperiales.

### **Jean-François Bayart y Romain Bertrand**

Jean-François Bayart ([bayart@ceri-sciences-po.org](mailto:bayart@ceri-sciences-po.org)), investigador en el Cnrs (Ceri-Sciences Po), es autor en particular de *le Gouvernement du monde. Une critique politique de la globalisation*, París, Fayard, 2004, *l'Illusion identitaire*, París, Fayard, 1996 y *l'État en Afrique. La politique du ventre*, París, Fayard, 1989, que acaba de reeditarse con un prefacio inédito. Romain Bertrand ([bertrand@ceri-sciences-po.org](mailto:bertrand@ceri-sciences-po.org)), investigador en la Fnsp (Ceri-

Sciences Po), acaba de publicar “*Mémoires d’empire. La controverse autour du fait colonial*”, París, Éd. du Croquant/Savoir-Agir, 2006. También es autor de *État colonial, noblesse et nationalisme à Java. La Tradition parfaite*, París, Karthala, 2005. Este artículo es resultado de una reflexión común realizada en el marco del seminario “Trayectorias de lo político: Estado, nación e imperio”, del Centro de estudios y de investigaciones internacionales, y en el del programa “Legado colonial y gobernancia contemporánea”, del Fondo de análisis de las sociedades políticas. Los autores agradecen especialmente a Thornike Gordadze, Béatrice Hibou y Françoise Mengin, quienes participaron en el programa “Legado colonial y gobernancia contemporánea”, y a la Agencia francesa de desarrollo por su participación, así como a todos sus colegas historiadores y antropólogos franceses, turcos, senegaleses, indios, británicos, holandeses, alemanes, italianos, mexicanos y norteamericanos con los que tuvieron intercambios.

## Notas

1. P. Bernard, “Mali, partir pour se nourrir”, *Le Monde*, 4-5 diciembre de 2005, p. 15.
2. *Libération*, 27 de septiembre de 1985.
3. Tiken Jah Fakoly, “Y’en a marre” [*Ya estoy harto*], *Françafrique*, Universal Music, 2002.
4. E. de Latour, “Métaphores sociales dans les ghettos de Côte d’Ivoire”, *Autrepart*, n° 18, 2001, pp. 151-167, y “Du ghetto au voyage clandestin : la métaphore héroïque”, *ibid.*, n° 19, 2001, p. 155-176, así como “Héros du retour”, *Critique internationale*, n° 19, abril de 2003, pp. 171-189.
5. Para un ejemplo de discurso militante al respecto, S. Khiari, *Pour une politique de la racaille. Immigré-es, indigènes et jeunes de banlieues*, París, Textuel, 2006.
6. C. Lomnitz, *Deep Mexico, Silent Mexico. An Anthropology of Nationalism*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2001, p. 14 y sig.
7. E. Balibar, *Droit de cité*, París, Puf, 2002 (nueva ed.), pp. 76 y 80.
8. Ver, en este mismo número, la entrevista con Achille Mbembe. Su libro *De la postcolonie. Essai sur l’imagination politique dans l’Afrique contemporaine* (París, Karthala, 2000), inicialmente redactado y publicado en francés, no suscitó en Francia más que una débil respuesta mientras que en Estados Unidos se discutió ampliamente.
9. Romain Bertrand, *Mémoires d’empire. La controverse autour du “fait colonial”*, París, Éd. du Croquant/Savoir-Agir, 2006.
10. *Idem*, *les Sciences sociales et le “moment colonial”. De la problématique de la domination coloniale à celle de l’hégémonie impériale*, París, Ceri, multigr., junio de 2006 (*Questions de recherche*, n° 18, disponible en [www.ceri-sciences-po.org](http://www.ceri-sciences-po.org)).
11. Sobre la descolonización soviética, ver O. Roy, *la Nouvelle Asie centrale ou la fabrication des nations*, París, Le Seuil, 1997, y los trabajos en curso de T. Gordadze, en particular “Les nouvelles guerres du Caucase (1991-2000) et la formation des États postcommunistes”, en P. Hassner, R. Marchal (coordinador), *Guerres et sociétés. État et violence après la Guerre froide*, París, Karthala, 2003. Para una problematización más general, ver J.-F. Bayart (coordinador), *la Greffe de l’État*, París, Karthala, 1996, y la idea de

“nacionalismo colonial” en B. Anderson (*Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Londres, Verso, 1991, nueva ed., cap. 10).

12. C. E. Walker, *l'Impossible retour. À propos de l'afrocentrisme*, París, Karthala, 2004; J. Dakhli, *Islamicités*, París, Puf, 2005, p. 108 y sig.

13. Así, en Java, la nobleza de toga de los *priyayi*, que había logrado erigirse en intermediario obligado de la colonización holandesa para afirmar su rango y su reproducción tanto ante la corte como en relación con el campesinado, que había sido un socio importante del Sistema de las culturas obligatorias, y luego de la administración “ética”, y que había puesto los primeros cimientos del nacionalismo indonesio, quedó relegada a una posición secundaria en el momento de la lucha de liberación nacional y del acceso a la independencia, hasta que se borró políticamente (R. Bertrand, *État colonial, noblesse et nationalisme à Java, op. cit.*).

14. A. L. Conklin, *A Mission to Civilize. The Republican Idea of Empire in France and West Africa, 1895-1930*, Stanford, Stanford University Press, 1997.

15. Ver por ejemplo J. y J. Comaroff, *Of Revelation and Revolution*, vol. 1: *Christianity, Colonialism, and Consciousness in South Africa*, vol. 2: *The Dialectics of Modernity on a South African Frontier*, Chicago, The University of Chicago Press, 1991 y 1997; J. D. Y. Peel, *Religious Encounter and the Making of Yoruba*, Bloomington, Indiana University Press, 2000; T. Ranger, *Are We not Also Men? The Samkange Family and African Politics in Zimbabwe, 1920-64*, Londres, James Currey, 1995.

16. Ver por ejemplo B. Hibou, “Tunisie: d’un réformisme à l’autre” y R. Bertrand, “Réformisme colonial et combinatoire impériale européenne. La ‘Politique coloniale éthique’ des Pays-Bas (1901-1926)”, en J.-F. Bayart, R. Bertrand, T. Gordadze, B. Hibou, F. Mengin, *Legs colonial et gouvernance contemporaine*, París, Fonds d’analyse des sociétés politiques, diciembre de 2005, multigr., vol. 1, cap. 5 y 7.

17. A. L. Conklin, *A Mission to Civilize, op. cit.*, p. 5.

18. C. Bonneuil, “‘Pénétrer l’Indigène’. Arachides, paysans, agronomes et administrateurs coloniaux au Sénégal (1897-1950)”, *Études rurales*, 151-152, 1999; F. Thomas, “Écologie et gestion forestière dans l’Indochine française”, *Revue française d’histoire d’outre-mer*, n° 85 (319), abril-mayo de 1998; J.-C. Fredenucci, “Aux origines des pratiques de mission de l’administration de l’urbanisme de la V<sup>e</sup> République: l’Afrique noire”, *Clio en Afrique*, Cahier n° 14, 2005; R. Mrazek, *Engineers of Happy Land. Technology and Nationalism in a Colony*, Princeton, Princeton University Press, 2002.

19. E. Hobsbawm, T. Ranger (ed.), *The Invention of Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983.

20. Ver por ejemplo T. Ranger, “The invention of tradition revisited: the case of colonial Africa”, en T. Ranger, O. Vaughan (ed.), *Legitimacy and the State in Twentieth Century. Essays in Honour of A. H. M. Kirk-Green*, Londres, Macmillan, 1993, pp. 62-111, en respuesta en particular a A. Smith, “The nation: invented, imagined, reconstructed?”, *Millenium*, n° 20 (3), invierno de 1991, pp. 353-368.

21. Ver B. S. Cohn, *Colonialism and its Forms of Knowledge. The British in India*, Princeton, Princeton University Press, 1996 y L. Dartigues, “La production conjointe de connaissances en sociologie historique: quelles approches? Quelles sources? Le cas de la production orientaliste sur le Viêt-Nam, 1860-1940”, *Genèses*, n° 43, junio de 2001, pp. 53-70.

22. J. Elyachar, “Finance internationale, micro-crédit et religion de la société civile en Égypte”, *Critique internationale*, n° 13, octubre de 2001, pp. 139-152 (en particular las pp. 141, 148 y 151). El autor utiliza la

noción de *indirect rule* en el sentido que le dio M. Mamdani, en *Citizen and Subject: Contemporary Africa and the Legacy of Late Colonialism*, Princeton, Princeton University Press, 1996, obra que suscitó un debate muy polémico, en particular de parte de los historiadores.

23. E. Chancelé, “La question coloniale”, *Critique*, n° 35, 1949.

24. B. Hibou, *la Force de l'obéissance : économie politique de la répression en Tunisie*, París, La Découverte, 2006.

25. *Idem* (dirigido por), *la Privatisation des États*, París, Karthala, 1999.

26. F. Eboussi Boulaga, *la Crise du Muntu. Authenticité africaine et philosophie*, París, Présence africaine, 1977, pp. 15-16. Ver también su entrevista en el número de la revista *Esprit* de diciembre de 2006.

27. J. Vansina, *Paths in the Rainforests. Toward a History of Political Tradition in Equatorial Africa*, Madison, The University of Wisconsin Press, 1990, p. 239.

28. M. Vovelle, *Idéologies et mentalités*, París, François Maspero, 1982, p. 321 y sig.

29. G. Balandier, en su análisis de la situación colonial, hablaba de “reacciones colectivas que podrían considerarse clandestinas o indirectas”, de “manifestación calculada de pasividad”, de “proceso de desdoblamiento”, de “fenómenos de transferencia” (G. Balandier, *Sociologie actuelle de l'Afrique noire. Dynamique sociale en Afrique centrale*, París, Puf, 1971, nueva ed., p. 494 y sig.).

30. Ver por ejemplo D. Paulme, *la Mère dévorante. Essai sur la morphologie des contes africains*, París, Gallimard, 1976, que se apoya en la obra de M. Detienne y J.-P. Vernant, *les Ruses de l'intelligence. La mètis des Grecs*, París, Flammarion, 1974.

31. *Congrès constitutif du Parti de la Fédération africaine. Commission de politique générale. Rapport de présentation par Doudou Gueye et résolutions de politique générale*, Dakar, 1, 2 y 3 de enero de 1959, multigr., pp. 3 y 5.

32. La expresión es de F. A. Salamone, “The social construction of colonial reality: Yauri emirate”, *Cahiers d'études africaines*, n° 98, XXV-2, 1985, pp. 139-159.

33. P. González Casanova, *La Democracia en México*, México, Era, 1965.

34. J.-F. Bayart, *l'État au Cameroun*, París, Presses de la Fondation nationale des sciences politiques, 1979, p. 257.

35. B. Berman y J. Lonsdale, *Unhappy Valley. Conflict in Kenya and Africa*, Portsmouth, James Currey, 1992, vol. I, p. 153; V. Dimier, *le Gouvernement des colonies: regards croisés franco-britanniques*, Bruselas, Éd. de l'Université de Bruxelles, 2004.

36. Ver por ejemplo la polémica en torno a la obra de O. Le Cour Grandmaison, *Coloniser, exterminer. Sur la guerre et l'État colonial*, París, Fayard, 2005, en particular el artículo de Pierre Vidal-Naquet y Gilbert Meynier en *Esprit*, diciembre de 2005, pp. 162-177.

37. J. Revel (dirigido por), *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience*, París, Hautes Études/Gallimard/Le Seuil, 1996.

38. En este caso seguimos, en lo esencial, a Stephen Kalberg, *la Sociologie historique comparative de Max Weber*, París, La Découverte/Mauss, 2002, en particular las páginas 206-248. El autor hace notar que Weber no propone ninguna exposición sistemática de estos dos conceptos, que no obstante son recurrentes en sus textos.

39. M. Weber, *l'Éthique protestante et l'esprit du capitalisme*, París, Plon, 1964 (reed. en la col. de bolsillo Agora, 1985), p. 44.

40. M. Weber, *Économie et société*, París, Plon, 1971 (reed. en la col. de bolsillo Agora, 1995), vol. 1,

p. 62, citado en una traducción propia por S. Kalberg, *la Sociologie historique comparative de Max Weber*, *op. cit.*, p. 211.

41. O. Roy, “En Asie centrale: kolkhoziens et entreprenants” y P. Geschiere, “Parenté et argent dans une société lignagère” en J.-F. Bayart (dirigido por), *la Réinvention du capitalisme*, París, Karthala, 1994, cap. 3 y 4.

42. Desde este punto de vista las traducciones de los conceptos alemanes que designan las “condiciones antecedentes” (*Voraussetzung*), los “precedentes” (*Vorbedingung*) o los “precursores” (*Vorläufer*) por “condiciones previas”, “presupuestos” o “prerrequisitos” son impropias, ya que suponen un vínculo de causa a efecto y una determinación que elude la parte de la contingencia (S. Kalberg, *la Sociologie historique comparative de Max Weber*, *op. cit.*, p. 216, nota 31).

43. M. Foucault, “Nietzsche, la généalogie, l’histoire”, en *Dits et écrits*, París, Gallimard, 1994, vol. II, p. 141 y 144.

44. J. Meimon, *En quête de légitimité. Le ministère de la Coopération (1959-1999)*, tesis de doctorado de ciencia política, Lille, Ceraps, 2005; A. Spire, *Étrangers à la carte : l’administration de l’immigration en France (1945-1975)*, París, Grasset, 2005; F. de Barros, “Les municipalités face aux Algériens : méconnaissances et usages des catégories coloniales en métropole avant et après la Seconde Guerre mondiale”, *Genèses*, n° 53, 2003, pp. 59-92 y “Des ‘Français musulmans d’Algérie’ aux ‘immigrés’: l’importation de classifications coloniales dans les politiques de logement en France”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 159, 2005, pp. 26-53. Ver también el análisis de Choukri Hmed sobre el personal de dirección de las casas Sonacotra a principios de los años 1970 – *Loger les immigrés ‘isolés’. Archéologie d’une institution des politiques d’immigration françaises: la Sonacotra (1956-2004)*, Tesis de doctorado de ciencia política, París I-Panthéon Sorbonne, en vías de terminarse; las anotaciones sobre la violencia de los personales policíacos surgidos de la Argelia colonial en A. Dewerpe, *Charonne, 8 février 1962. Anthropologie historique d’un massacre d’État*, París, Gallimard, 2006; y T. Charbit, *Saint-Maurice-l’Ardoise. Socio-histoire d’un camp de harkis (1962-1976)*, informe para la Dirección de la población y las inmigraciones (Ministerio de la Cohesión Social), mayo de 2005. Ver también F. de Barros y T. Charbit (dirigido por), “La colonie rapatriée”, *Politix*, n° 76, 2006.

45. C. Markovits, *The Global World of Indian Merchants, 1750-1947. Traders of Sind from Bukhara to Panama*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000.

46. J.-F. Bayart, “Les trajectoires de la République en Iran et en Turquie : un essai de lecture tocquevillienne”, en G. Salamé (dirigido por), *Démocraties sans démocrates*, París, Fayard, 1994, pp. 373-395.

47. J.-F. Bayart, *l’État en Afrique*, *op. cit.*, cap. 7.

48. *Id.*, *le Gouvernement du monde*, *op. cit.*, p. 174 y sig.

49. M. Tozy, *Monarchie et islam politique au Maroc*, París, Presses de Sciences Po, 1999.

50. Ver por ejemplo T. N. Harper, *The End of Empire and the Making of Malaya*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, p. 368 y sig.

51. Para el filósofo marxista italiano Antonio Gramsci, la hegemonía tiene que ver con la “dirección cultural e ideológica” —y no sólo con la “dominación” mediante el recurso a la coerción— que una “clase social” o un “bloque histórico” ejerce al crear la “dictadura” de un “consenso” y de un “sentido común” en el seno de la “sociedad civil”. Al precisar que la hegemonía es una “función disgregada y discontinua de la historia de los Estados” (*Il Risorgimento*, Turin, Einaudi, 1966, p. 191) y al prohibirse toda definición mecanicista de

aquella, abre las vías para la noción de “transacción hegemónica” que proponemos.

52. Ver R. Bertrand y E. Saada (dirigido por), “L’État colonial”, *Politix*, n° 66, 2004.

53. G. Balandier, *Sociologie actuelle de l’Afrique noire*, *op. cit.*, pp. 23, 61 y 493.

54. Para una exposición crítica de los *subaltern studies*, ver R. O’Hanlon, “Recovering the subject. Subaltern Studies and histories of resistance in colonial South Asia”, *Modern Asian Studies*, n° 22 (1), 1968, pp. 189-224 y M. Diouf (dirigido por), *l’Historiographie indienne en débat. Colonialisme, nationalisme et sociétés postcoloniales*, París, Karthala, Amsterdam, Sefhis, 1999.

55. Según la distinción establecida por Bruce Berman y John Lonsdale entre la “construcción del Estado”, como creación deliberada de un aparato de control político, y la “formación del Estado”, como proceso histórico conflictivo, involuntario y ampliamente inconsciente, conducido en el desorden de las confrontaciones y los compromisos por parte de la masa de los anónimos (*Unhappy Valley*, *op. cit.*).

56. J.-F. Bayart, “L’historicité de l’État importé”, en J.-F. Bayart (dirigido por), *la Greffe de l’État*, *op. cit.*, p. 14 y sig.

57. Ver por ejemplo los dos interesantes casos de Asante y del reino Merina: I. Wilks, *Asante in the Nineteenth Century. The Structure and Evolution of a Political Order*, Cambridge, Cambridge University Press, 1975; F. Raison-Jourde, *Bible et pouvoir à Madagascar au XIX<sup>e</sup> siècle. Invention d’une identité chrétienne et construction de l’État (1780-1880)*, París, Karthala, 1991 y G. Campbell, *An Economic History of Imperial Madagascar, 1750-1895. The Rise and Fall of an Island Empire*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005.

58. S. McKee, *Uncommon Dominion. Venetian Crete and the Myth of Ethnic Purity*, Philadelphie, University of Pennsylvania Press, 2000.

59. La reciente investigación de Laurent Vidal sobre la “transportación” de la ciudad de Mazagán de las orillas de Marruecos a la desembocadura del Amazonas, en 1769, da un ejemplo interesante —*Mazagão, la ville qui traversa l’Atlantique. Du Maroc à l’Amazonie (1769-1783)*, París, Aubier, 2005.

60. P. Curtin, *The Rise and Fall of the Plantation Complex. Essays in Atlantic History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

61. P. Lamant, *l’Affaire Yukanthor. Autopsie d’un scandale colonial*, París, Société française d’histoire d’outre-mer, 1989.

62. G. Balandier, *Sociologie actuelle de l’Afrique noire*, *op. cit.*, p. 35.

63. El caso de Kenya se ha documentado bastante: N. Swainson, *The Development of Corporate Capitalism in Kenya. 1918-1977*, Londres, Heinemann, 1980; J. Spencer, *The Kenya African Union*, Londres, Kpi, 1985; B. Berman, J. Lonsdale, *Unhappy Valley*, *op. cit.*

64. C.-H. Perrot, *Lignages et territoire en Afrique aux XVIII<sup>e</sup> et XIX<sup>e</sup> siècles. Stratégies, compétition, intégration*, París, Karthala, 2000.

65. Ver por ejemplo F. Cooper, *From Slaves to Squatters. Plantation Labour and Agriculture in Zanzibar and Coastal Kenya. 1890-1925*, New Haven, Yale University Press, 1980 y M. Valeri, *l’État-Qabous. Identité nationale et légitimité politique au sultanat d’Oman (1970-2005)*, París, Institut d’études politiques de Paris, 2005, así como Y. Person, *Samori, une révolution dyula*, Dakar, Ifan, 1968-1975, 3 vol.

66. N. R. Hunt, *A Colonial Lexicon of Birth Ritual, Medicalization, and Mobility in the Congo*, Durham, Duke University Press, 1999, p. 41 y sig., y 67.

67. A. L. Stoler y F. Cooper, “Between metropole and colony. Rethinking a research agenda”, en F. Cooper



y A. L. Stoler (ed.), *Tensions of Empire. Colonial Cultures in a Bourgeois World*, Berkeley, University of California Press, 1997, p. 28.

68. F. Cooper, *Colonialism in Question. Theory, Knowledge, History*, Berkeley, University of California Press, 2005, p. 22 y sig.

69. Tal vez la noción de “historia conectada” sea la más fructífera en el debate historiográfico actual: ver S. Gruzinski, *les Quatre parties du monde. Histoire d'une mondialisation*, París, La Martinière, 2004 y S. Subrahmanyam, *Explorations in Connected History. From the Tagus to the Ganges*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 2005.

70. F.-X. Fauvelle-Aymar, *Histoire de l'Afrique du Sud*, París, Le Seuil, 2006.

71. B. Lewis, “The Ottoman legacy to contemporary political arabic”, en L. C. Brown (ed.), *Imperial Legacy. The Ottoman Imprint on the Balkans and the Middle East*, Nueva York, Columbia University Press, 1996, cap. 11.

72. Ver por ejemplo J. Dakhli, *l'Empire des passions. L'arbitraire politique en Islam*, París, Aubier, 2005 y *le Divan des rois. Le politique et le religieux dans l'islam*, París, Aubier, 1998; N. Sohrabi, “Revolution and State Culture: the Circle of Justice and Constitutionalism in 1906 Iran”, en G. Steinmetz (ed.), *State/Culture. State-Formation after the Cultural Turn*, Ithaca, Cornell University Press, 1999, cap. 8; R. Bertrand, *État colonial, noblesse et nationalisme à Java*, *op. cit.* Ver también, en el caso otomano, la corriente de los Jóvenes Otomanos, en los años 1860-1870, algunos de los cuales acabarán por concebir una forma republicana de gobierno islámico (S. Mardin, *The Genesis of Young Ottoman Thought. A Study in the Modernization of Turkish Political Ideas*, Princeton, Princeton University Press, 1962, p. 249 y sig., 288 y sig., y 296 y sig.). Además, muchos historiadores otomanistas relativizan de ahora en adelante la inspiración occidental de los Tanzimat

73. C. Badel, *la Noblesse de l'Empire romain. Les masques et la vertu*, Seyssel, Champ Vallon, 2005, chap. VI.

74. Ver por ejemplo S. Goldhill (ed.), *Being Greek under Rome. Cultural Identity, the Second Sophistic and the Development of Empire*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001, en particular las pp. 88 y sig., 157 y sig., 273 y sig., 305; C. Badel, *la Noblesse de l'Empire romain*, *op. cit.*, pp. 312-329; P. Veyne, *l'Empire gréco-romain*, París, Le Seuil, 2005.

75. R. Bertrand, *État colonial, noblesse et nationalisme à Java*, *op. cit.*, pp. 419-423 y 479-480.

76. S. Gruzinski, *les Quatre parties du monde. Histoire d'une mondialisation*, *op. cit.*, p. 374 y sig.

77. M. E. Meeker, *A Nation of Empire. The Ottoman Legacy of Turkish Modernity*, Berkeley, University of California Press, 2002, pp. 44, 50, 80-81.

78. L. Peirce, *Morality Tales. Law and Gender in the Ottoman Court of Aintab*, Berkeley, University of California Press, 2003.

79. Sobre la noción de *olaju* (literalmente Las Luces), ver J. D. Y. Peel, *Religious Encounter*, *op. cit.*

80. Sobre la problemática de la subjetivación en el momento colonial, remitimos a J.-F. Bayart, *le Gouvernement du monde*, *op. cit.*, cap. 4.

81. C. H. Kane, *l'Aventure ambiguë*, París, Uge, 1979 (nueva ed.), p. 164.

82. R. Preston, “Roman questions, Greek answers: Plutarch and the construction of identity”, en S. Goldhill (ed.), *Being Greek under Rome*, *op. cit.*, p. 91.

83. M. Diouf, “The French colonial policy of assimilation and the civility of the originaires of the Four Communes (Senegal): a nineteenth century globalization Project”, *Development and Change*, n° 29 (4),

octubre de 1998, pp. 671-696; J.-H. Jezequel, *les “Mangeurs de craie”*. *Socio-histoire d'une catégorie lettrée à l'époque coloniale. Les instituteurs diplômés de l'école normale William Ponty (c. 1900- c. 1960)*, París, Ehess, 2002, multigr.

**84.** R. Preston, “Roman questions, Greek answers...”, art. citado, p. 90.

**85.** R. Guha, *Dominance without Hegemony. History and Power in Colonial India*, Cambridge, Harvard University Press, 1997 o A. Barlas, *Democracy, Nationalism and Colonialism*, Boulder, Westview Press, 1996. En cambio, Partha Chatterjee estima que las ideologías nacionalistas no son sino “discursos derivativos” que proceden del imaginario orientalista y colonial (*Nationalist Thought and the Colonial World: A Derivative Discourse?*, Londres, Zed Press, 1986). Por otra parte, para Benedict Anderson —quizás el más influyente teórico del nacionalismo de estos últimos veinte años— la “comunidad imaginada” de la nación es el producto conjunto del “capitalismo impreso” y del Estado colonial (*Imagined Communities, op. cit.*).

**86.** J. Iliffe, *Honour in African History*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005.

**87.** J.-M. Severino, “Refonder l'aide au développement au xxi<sup>e</sup> siècle”, *Critique internationale*, n° 10, enero de 2001, pp. 75-99.

**88.** Ver en particular J.-P. Olivier de Sardan, *Anthropologie et développement. Essai en socio-anthropologie du changement social*, París, Karthala, Marseille, Apad, 1995; T. Bierschenk y J.-P. Olivier de Sardan (dirigido por), *les Pouvoirs au village. Le Bénin rural entre démocratisation et décentralisation*, París, Karthala, 1998; T. Bierschenk, J.-P. Chauveau y J.-P. Olivier de Sardan (dirigido por), *Courtiers en développement. Les villages africains en quête de projets*, París, Karthala, Marsella, Apad, 2000.

## **Revue des revues, sélection de juillet 2007**

Jean-François BAYARD et Romain BERTRAND : « De quel "legs colonial" parle-t-on ? »  
article publié initialement dans *Esprit*, décembre 2006.

### Traducteurs :

Anglais : Annie Thomas et Aruna Popuri

Arabe : Selmane Ayache

Chinois : Yan Suwei

Espagnol : Arturo Vázquez Barrón

Russe : Ekaterina Beliavina

### Droits :

© Jean-François Bayard, Romain Bertrand et *Esprit* pour la version française

© Annie Thomas - Aruna Popuri /CEDUST de New Delhi

© Selmane Ayache/Bureau du Livre de l'Ambassade de France en Algérie pour la version arabe

© Yan Suwei/Centre culturel français de Pékin pour la version chinoise

© Arturo Vázquez Barrón/Institut français d'Amérique latine pour la version espagnole

© Ekaterina Belavina /Centre culturel français de Moscou pour la version russe